

LA veo y no la creo. ¡Qué hermosa hembra! Ella, morena como el cobre, con los ojos como dos relámpagos negros y fieros que iluminan la noche, con la melena por las ancas rotundas, potentes y nerviosas (una melena oscura como las penas de los poetas muertos), los brazos carnosos como jamoncillos de Cumbres Mayores y las pestañas como sables de caballeros húsares de la Princesa. ¡Ay, Lola, ay! Por tus venas corre la sangre oscura de las antiguas danzarinas etíopes, por ejemplo, o nómadas, tanto da que da que tanto Isabel en el fandango.

¡Ay, Lola hermosa, sandunguera, graciosa, racial e inexplicable! Cuando te veo darte porrazos en los pechos me pregunto qué nena-afeñique de las que están de moda aguantarían eso sin partirse

LOA DE LOLA

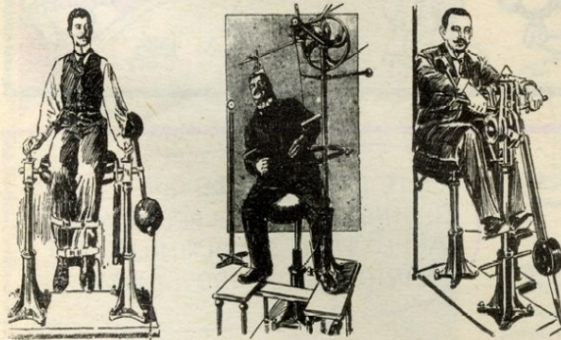
el esternón en siete cachos. Hembra cabal, negra centella en una noche oscura, rota sólo su oscuridad profunda por los brillos asesinos y tal qué sé yo de la curva navaja que lo más probable es que sea de Albacete —tierra manchega y noble, por otra parte—.

Tu voz rasgada de aguardientes matutinos, de cazallas tempraneros y chinches del clarear del gallo, más o menos, nos escalofría la sangre con su primitiva pureza, su sinceridad sin máscara. Y el danzar de tu cuerpo rotundo y bien provisto que llena de electricidad el ambiente y entusiasma a esos displicentes europeos, hartos ya de las pupilas-pupulos de la Paulova y Nureyev (y us-

ted que lo vea). ¡Qué rica estás, caramba!... Y no esas gachilillas modernas, más secas que la rabia, tan leídas y tan escritas, que no aguantan el más mínimo tute. ¡Ay, Lola, tú, terror de herejes y desertores! ¡Cacha hispánica, glúteo imperial, ibérica pechuga! Marquesa tenías que ser y lo que tú quisieras, si las cosas fueran como debían ser, porque tú has roto hielos que prevalecieron a la más exquisita diplomacia.

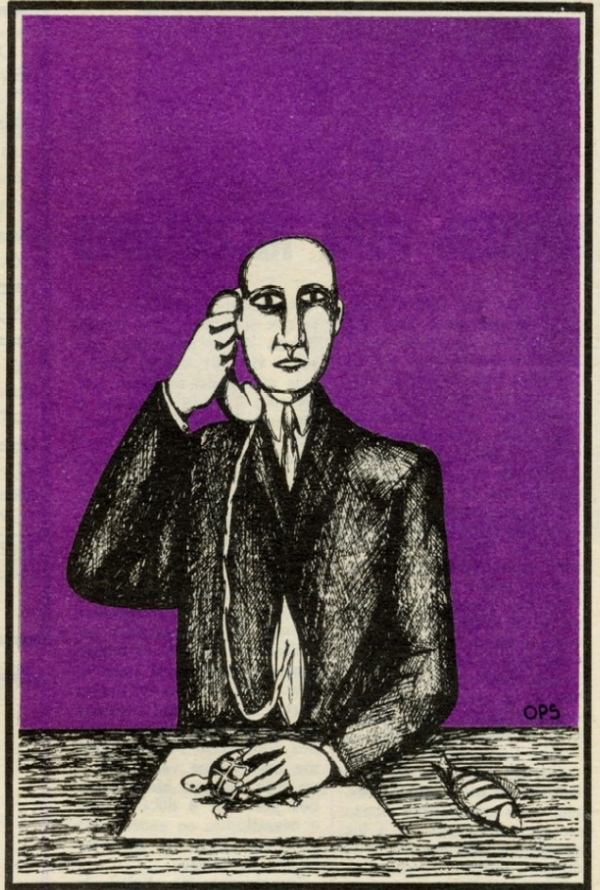
Por eso, cuando dijiste aquella frase memorable «Yo soy España», sintiéndome indigno de compartir el país con tu excelsitud, corrí a que me borraran, aunque hasta ahora no he recibido respuesta. Que espero con impaciencia.

AEMILIUS



La Asociación Nacional de Padres de Hijos con Problemas Respiratorios (ANOHI-PRE) ha convocado un concurso nacional para sustituir el tráfico automovilístico en nuestras ciudades, autor de tanta contaminación como anda suelta, por otro sin humos. El primer premio consistirá en diez mil pesetas y el pulmón de oro que dona dicha benéfica institución.

Algunos de los modelos presentados para resolver el grave problema que comentamos.



VIEJO AMOR

Fue la primera mujer que rompió los viejos conceptos del tiempo: celebró el cuarenta aniversario de su nacimiento el mismo día que el primer centenario de su Primera Comunión. No era muy rica, y por eso sólo pudo estirarse las partes de la piel más expuestas a las miradas de los curiosos. El resto era pura sumisión de la carne a las leyes implacables de la gravedad. La tuve que aumentar el precio de mis caricias,

pero fui moderado. Sólo un leve incremento del 3,7 en las partes próximas al hueso más tirante de por sí; un 5,6 en las partes flácidas durante los semestres húmedos, y un 6,7 durante los calurosos, que era cuando su geografía se transformaba en un secano ecuatorial por su afición casi sexual al sol, que la llenaba el cuerpo de manchas pardas y verrugas amojamadas.

A pesar de su ruina física, como esos viejos castillos destruidos que tienen alma, todavía vivía en su in-

terior el fantasma de su juventud y de la hermosura perdida, de las que siempre me hablaba.

Haciendo grandes esfuerzos, a veces estirábamos entre los dos la piel de uno de sus muslos para que yo supiese cómo habían sido en los lejanos tiempos en que aún vivía mi abuela, que en paz descansa.

Un día de verano salí a la terraza para hacerla la caricia laboral de las once cincuenta y vi que, agitada por la brisa, sólo estaba en la tumbona donde tomaba el sol su piel

arrugada y seca como reducida de tamaño por los indios jíbaros. No quedaba de mi viejo amor carne, ni huesos, ni sangre, ni alma. Todo se había transformado en polvo, como ocurre a los cuerpos momificados que se agitan de improviso.

La rellenamos de ternera en su jugo y la enterramos solemnemente. Fue una pena que no pudiera verse, porque hacía años que no había estado tan hermosa y repleta.

GENOVEVO DE LA O

